



La medicina popular bajo la lupa. Concepciones, discursos y prácticas de un arte de curar en la provincia de Buenos Aires (1870-1940)

de Astrid Dahhur

(2022) Buenos Aires, Teseo, 298 pp.

Adrián Cammarota

Universidad Nacional de
La Matanza - CONICET

Contacto:

adriancammarota2000@gmail.com

“¿Qué hacer con todo lo que ocurre por fuera de las instituciones, ese plural mundo saturado de prácticas de atención distintas a las ofrecidas por la medicina institucionalizada? ¿Cómo estudiar la salud y la enfermedad en tiempos en que la medicalización es incipiente, más un discurso que una práctica realmente instalada en la sociedad?” Estos interrogantes esbozados en un artículo del historiador Diego Armus (2010) expresaban potenciales obstáculos empíricos para extender la apuesta epistemológica que comprenden los estudios sobre salud y enfermedad. El libro que nos ofrece Astrid Dahhur nos revela parte de las respuestas a las inquietudes planteadas por el historiador, buscando explorar la brecha entre la práctica y la norma, entre las estrategias de medicalización de los galenos y la recepción en la sociedad civil. Su gran logro es dar cuenta de cómo la medicina popular fue abordada desde la ciencia, la justicia y el folclore en el interior de Buenos Aires entre 1870 y 1950. En esos márgenes geográficos y culturales, el arte de curar se extendió de manera polifónica permitiendo el cruce entre la experticia médica y los conocimientos autóctonos para paliar las dolencias corporales.

Uno de los puntales del marco teórico hace referencia al concepto de retroalimentación, una imbricación entre la esfera de la medicina académica y la medicina popular, permitiendo comprender las dinámicas, los avances o li-

mitaciones del proceso de medicalización social forjado a los fines del proyecto higienista de fines del siglo XIX. Por medicina popular la autora incluye el conjunto de prácticas, creencias o conocimientos que no se encontraban institucionalizados (acupuntura, herbolaria, curanderismo, farmacopea indígena, entre otras).

Con una escritura que brinda una lectura fluida, los cuatro capítulos de la obra se encuentran bien organizados y son coherentes con las propuestas esbozadas en la introducción. El manejo de las fuentes, acoplado a una claridad conceptual y a una correcta selección del profuso andamiaje bibliográfico, le permite a la autora recorrer ese mundo saturado de prácticas disimiles. La metódica organización exhibe una introducción breve en cada capítulo y una recapitulación al final que anuncia al lector el encadenamiento con el siguiente. El cuerpo documental abarca un conjunto de fuentes periodísticas, judiciales, médicas, encuestas y los conocimientos ligados con tratamientos empíricos donde, principalmente, los acusados por el ejercicio ilegal de la medicina eran extranjeros (españoles, italianos, daneses y franceses).

De resultas, la hipótesis estima que en el periodo de estudio abordado se generó una circulación de saberes entre la medicina popular y los saberes expertos de los galenos y que la existencia de los curanderos fue necesaria para la afirmación de un discurso científico. En otro nivel, podemos conjeturar que cuestiones humanitarias y no solo por competencia y legitimación, ligadas con la sensibilidad en torno a las niñeces fundamentaban los malestares de los médicos contra la medicina popular y su carácter ecléctico: por ejemplo, la mortalidad infantil encontraba sus causales en estos tratamientos: a los padecimientos catalogados como “empacho” se las combatía con medicamentos caseros que tenían como riesgo el deceso de los y las más pequeños/as. Como hipótesis subsidiaria a la principal, se esboza que la existencia de los curanderos y su accionar fueron necesarios para la configuración y el afianzamiento de un discurso científico hegemónico en formación a mediados del siglo XIX.

Organizado en cuatro capítulos, en el primero se reconstruye el espectro sanitario nacional y provincial y las causas por las cuales las personas acudían a la medicina popular, gracias al auscultamiento de revistas publicadas por las asociaciones médicas, comunicaciones de médicos y organismos oficiales. El punto de partida fue el reglamento que fiscalizaba el ejercicio de la medicina en la provincia de Buenos Aires con la ley sancionada en 1870 y la creación del Consejo de Higiene Pública para controlar el ejercicio de las profesiones liberales. El capítulo 2 recorre los motivos por los cuales las personas recurrían a los sanadores populares, frente a la falta de los médicos diplomados, las tarifas altas y a determinados aspectos ligados con cosmovisiones culturales. El capítulo 3 se focaliza en los diversos tratamientos que se dispensaban para

tratar los padecimientos, distinguiendo entre los que empleaban pócimas, emplastos y tisanas de aquellos que apelaban a la religiosidad y al empleo del agua. Por último, el capítulo 4 analiza los textos folclóricos tomando como referencia la Encuesta Nacional de Folclore, impulsada por el Consejo Nacional de Educación en 1921.

El eficiente uso de las fuentes primarias, donde las voces de los curanderos y sus clientes son mediadas por los agentes judiciales, hecho que no le resta mérito al trabajo, permite al lector introducirse en ese registro poco explorado. Allí primaba un desigual universo en el arte de curar, y cuyos sanadores no han sido de interés análogo por parte de la historiografía que abrevó en el análisis de los médicos urbanos. El libro describe la influencia de las tradiciones e intervenciones no doctas, donde prevalecen prácticas indígenas y de origen ibérico: el buche de avestruz, el empacho y el ojeo, la culebrilla o el orzuelo componen un pintoresco abanico de padecimientos que eran tratados con agua, aceite, metal, palabras, rezos, aunadas con la religiosidad y la entrada en escena de los santos populares como Don Pancho Sierra.

Como señala la autora, si bien el empirismo escapaba a los cánones de la racionalidad, las praxis terapéuticas no eran irracionales completamente. La lógica de los curanderos o sanadores indígenas estaban sustentadas en años de observación de las propiedades de ciertas plantas y derivados de animales para neutralizar las enfermedades. Los primeros europeos que llegaron al territorio reconocieron los conocimientos médicos indígenas, aprovechando las nociones de fisiología y herbolaria (p. 74). Así las cosas, los médicos populares aparecen caracterizados como personas sin título y sin conocimientos, personas sin título y con conocimientos empíricos y, por último, personas con estudios de ramas afines (farmacéuticos) que administraban remedios o diagnosticaban sobre los tratamientos necesarios para amortiguar los padecimientos, acusados de fabricar y comercializar medicamentos en un circuito clandestino. Incluso, algunos/as de ellos/as se jactaban de sus sapiencias públicamente, hecho que ilumina, según la autora, la convivencia y aceptación de las autoridades y de un sector de la población (p. 109).

El libro cobra una dimensión sustancial para la historiografía, ya que fueron los estudios antropológicos y folclóricos los que dieron un vasto conocimiento empírico a la medicina popular quizá, podemos agregar, por el rigor metodológico utilizado y el manejo de una hermenéutica que ha permitido franquear las barreras de ese mundo carente de fuentes escritas. En otro nivel, la investigación problematiza varios aspectos y tradiciones historiográficas que suelen amalgamar sentidos y concepciones que, trasladadas al pasado, pueden pecar de anacronismo. Una de ellas es la visión sobre los funcionarios estatales como el caso de los y las maestros/as, agentes referen-

ciales del poder central que, en teoría, llevaban el proyecto sarmientino de educación científica y popular a todos los rincones de la nación “combatiendo” estructuras sociales atrasadas. Como bien recompone Dahhur en la Encuesta Nacional del Folclore (1921), ésta se impulsó en un contexto donde el nacionalismo argentino intentó rescatar las tradiciones de los pueblos originarios como contracara del cosmopolitismo de inicios del siglo XX, buscando la protección de las tradiciones frente a la llegada de nuevas ideas provenientes de las oleadas inmigratorias. Cabe enfatizar que el magisterio se transformó en un agente de transmisión de normas sanitarias y tratamientos primarios de enfermedades a lo largo del territorio nacional, pero, a pesar de lo señalado, muchos/as de ellos/as avalaban la medicina popular.¹ La información relevada en la encuesta oscilaba de acuerdo con variadas circunstancias: el interés del docente, la inserción y confianza de los y las educadores/as en la comunidad para recabar información, el tipo de comunidad, el tiempo de la investigación o la predisposición de los y las entrevistados/as. Es sugestivo y a la vez provocador para futuras investigaciones que, al menos en referencias periféricas, en la encuesta no se han encontrado menciones a asistencia de partos y abortos.

En suma, el libro de Dahhur exhibe varios nudos que son de interés para los estudios de salud/enfermedad. En primer lugar, aporta a las investigaciones sobre las ruralidades pensadas como unidades culturales más que geográficas (Williams, 2001). También se compone de un registro ineludible para los y las investigadores/as que han encarado el análisis de la diagramación de las políticas pública en perspectiva histórica; los procesos de medicalización social y la vacancia sobre la medicina popular, principalmente, en los ámbitos rurales. En segundo lugar, aunque resulte una obviedad, el análisis se desune de los enfoques lineales sobre los procesos de medicalización que se amparan en las motivaciones estatales más que en las incidencias de los procesos, donde las campañas sanitarias y las recetas derivadas del extranjero sobre las oficiosidades médicas parecieran tornar eficaz las políticas públicas destinadas a mejorar la calidad de vida de la población. En tercer lugar, el libro ilustra el multifacético universo del “arte de curar”, renunciando al supuesto progreso ascendente de las ciencias médicas y sus actores en la medicalización de la sociedad, donde los debates y los conflictos al interior de las elites médicas han tirado por la borda la visión de una corporación profesional libre de tensiones (Agostini, 2014).

1 Eran los docentes, ante la ausencia de los médicos en territorios periféricos o espacios rurales, los y las encargados/as de desterrar las antiguas prácticas y los tratamientos empíricos. Sin embargo, podían avalar la medicina popular ya que, a modo de hipótesis, ellos/as también procedían, en general, de los sectores subalternos.

Por último, se destaca el espacio que ocupó la medicina popular anunciando las huellas arqueológicas dejadas por estas prácticas denominadas como “ancestrales” o antiodernas, lo que sugiere cierta continuidad en los nexos que podemos localizar en prácticas de curar en el mundo actual. Más que exhibirlas como confrontadas compitiendo por una plaza en las prácticas sociales, queda a las claras que éstas se interrelacionan debido a las lógicas simbólicas y representaciones arraigadas a pesar del “triunfo” de la modernidad en territorios socioculturales afincados en antiguas estructuras, como han destacado Guerra y Lempériere (1998) hace algunos años en su análisis sobre los espacios públicos en Iberoamérica.

Bibliografía

Armus, D. (2010). ¿Qué historia de la salud y la enfermedad? *Salud Colectiva*, 6(1), 5-10.

Agostini, C. (2014). Historias, enfermedades y salud pública. Biernat, C. y Ramaccioti, K., *Historia de la salud y la enfermedad. Bajo la lupa de las ciencias sociales*. Buenos Aires: Biblos, 23-35.

Guerra, F-X. y Lempériere, A. (1998), *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

Williams, R. (2001). *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós.

